

Del Ultimo de los Istari

Quenta Istarion (Cuentos Apócrifos)

Recogido y anotado por Meliadan de Avallónë

Apiadados de la desdicha de los habitantes de la Tierra Media, los Señores de Occidente enviaron varios mensajeros de esperanza; eran estos espíritus del linaje de los Ainur, pero fue con poder disminuido, con investiduras mortales y con una bruma que velaba la memoria que tenían de Aman, como llegaron a las Tierras de Aquende. Y este propósito tenían los Valar; que los mensajeros no volviesen la vista atrás, al Reino Bendecido, sino que se esforzaran por socorrer a Elfos, Hombres y a toda criatura viviente, contrarrestando el poderío de Sauron. Mas no debían recurrir al poder para combatir al poder, ni intentar someter a criatura alguna mediante la fuerza o el temor; sino que fueron con el propósito de unir a cuantos estuviesen dispuestos a luchar y a resistirse a la Sombra, y también para inspirar coraje y valor a los corazones afligidos, aun más allá de toda esperanza. Y así aparecieron en el oeste de Endor los Istari, los Magos, entre los cuales los más célebres fueron aquellos a los que los Eldar llamaron Curunír y Mithrandir; mas otros tres les siguieron, y eran Aiwendil, Alatar y Pallando aunque de los dos últimos poco se sabe, pues partieron hacia el lejano Rhûn y ya nunca más regresaron o tuvo nadie noticia de ellos, salvo tal vez Curunír...

Hubo otro, no obstante, que se demoró por capricho de Ossë, pues en el tiempo distante de las Lámparas, aquel le ofendió recordándole su rebeldía de antaño, cuando sirvió a los designios de Melkor, y desde entonces nunca olvidó Ossë el Violento la afrenta. No le dañó no obstante, ni hundió el blanco navío que le llevaba, ya que sabía que era un enviado de los Valar como los otros, en auxilio de las gentes de la Tierra Media; pero tampoco le ayudó, y le puso trabas, agitando las aguas con furia. Así fue que en lugar de arribar a los Puertos Grises su destino fue otro muy distinto, pues el barco de los Teleri se extravió en las tormentas del Belegaer y tardó bastante en alcanzar las costas de la Tierra Media, y cuando lo hizo fue muy al sur, más allá de las tierras de Harad, y como advirtieron los marineros Teleri que la furia de Ossë se oponía a que desembarcaran en otro lugar menos distante, dejaron allí a su pasajero y emprendieron el regreso hacia Avallónë.

Así alcanzó al fin la Tierra Media el sexto y último de los Istari, de quien los Eldar no hablan, pues poco o nada es lo que saben de él. En los confines del sur erró por largo tiempo, olvidando su misión, y se deleitó en recorrer las sendas salvajes y en perseguir a las bestias malignas que hollaban las húmedas florestas y las tierras baldías; pues en la vida que había dejado atrás y que le parecía ahora distante, como un sueño difícil de recordar, había sido uno de los más grandes cazadores de Oromë y el más poderoso guerrero, sólo superado en fuerza y proezas por tres entre todos los Ainur.

Mas sucedió que al cabo de varias centurias se cansó de vagar sin otro propósito que el de cazar alimañas, y un día en que hastiado alcanzó la costa, vio el Mar profundo que se

extendía ancho, oscuro y terrible hasta los confines del horizonte, en el Oeste lejano. Allí escuchó la música que habita en las olas, y fue como si el velo que hasta entonces había nublado su mente se disipara...

Reemprendió su camino, esta vez hacia el norte, en busca de Curumo, con quien debería haberse reunido en la lucha contra la Sombra. Pero por segunda vez se extravió; en esta ocasión, atrapado en un sempiterno mar de arena. Allí se encontró con las tribus nómadas del extremo Harad, y viendo que eran un pueblo indómito y similar a él en temperamento, habitó en adelante entre ellos, y como acostumbraba a vestir ropas carmesíes fue llamado Sharoth, "el Guía (también Conductor-de-Hombres o Maestro) Rojo".

Sucedió que en el mediodía de la Tercera Edad, cuando ya cinco centurias hubieron transcurrido desde la llegada de los Istari, alcanzaron a Sharoth los ecos de la guerra entre parientes librada en el reino austral de los Dúnedain, y la amenaza de las crueles tribus Haradrim fronterizas con Mordor. Estas noticias perturbaron a Sharoth, que tomó su cayado y en medio de la noche abandonó el campamento de los nómadas, dirigiendo sus pasos hacia Umbar.

Pronto alcanzó el gran puerto natural donde, en la Segunda Edad, Ar-Pharazôn el Dorado al frente del formidable ejército de Númenórë, el más poderoso que se vio nunca en la Tierra Media, había desembarcado y humillado el poderío de Sauron... Ahora Umbar y los amplios dominios en torno al puerto permanecían bajo el control de los Dúnedain rebeldes, los Corsarios, y en verdad aún vivían bajo la sombra de Mordor; aunque hacía ya tiempo que el Amo Oscuro había desaparecido, y le servían de buen grado, aguardando su regreso. Esto fue lo que allí encontró Sharoth y este dilema le asaltó: pues aunque sentía en su interior la llamada de sus iguales, creía que tal vez era el deseo de quienes le habían enviado que tratara de enderezar el daño obrado por el derramamiento de sangre entre hermanos, y que sería capaz de quebrantar las negras cadenas de orgullo y locura que atenazaban a los intrépidos marinos de Umbar. Y finalmente, porque se compadeció de la aflicción de los Dúnedain y advirtió en aquellos hombres altivos un vestigio de la grandeza de Númenór, decidió permanecer entre los Corsarios para intentar redimirlos y restituir en ellos su antigua gloria; y en verdad este deseo superó toda su capacidad de previsión.

Aunque era Sharoth en la lengua de los nómadas y los sureños, los Corsarios la llamaron Adûnrazor en su propia lengua; "Fuego del Oeste", pues el fulgor de sus ojos era como el del Sol Poniente en su hora postrera, en que la línea del horizonte, sobre las aguas del Mar, se inflaman como en un gran incendio.

Al principio Adûnrazor fue tenido en gran reverencia por los Númenóreanos Negros, pues creían que era un enviado del Rey Oscuro, ya que se mostraba como un gran señor de los hombres, y vestía galas rojas como sangre y en su semblante, de una edad indefinida, se reflejaban una fuerza y determinación inquebrantables. Y fue tan grande su majestad y tales sus hechos, que no tardó en alcanzar renombre en todo Umbar y en las tierras vecinas. No obstante, al cabo de un tiempo, los grandes Capitanes del Mar comenzaron a sospechar de las intenciones del Mago Rojo, pues advirtieron que sus

consejos tenían por propósito reconciliarles con los Poderes del Oeste y alejarles de la guerra contra Gondor, y esto no lo soportaron, porque eran orgullosos y altivos, y en sus corazones ya no reconocían otro señor que no fueran ellos mismos o el propio Sauron. Y como nunca reveló su auténtico nombre ni su procedencia, creyeron que era un espía de los "Fieles" o de los Elfos de Lindon, y por ello todos sus trabajos se malograron y sus palabras de sabiduría no eran acogidas con agrado. Finalmente Sangahyando y Angamaitë, los principales capitanes de Umbar en aquel entonces, le cerraron las puertas del Consejo, y todos le rehuían con temor y desprecio. Así, tal como una noche se alejó de los Nómadas por los que sentía gran amor, abandonó en pleno día el Puerto de Umbar, pero ante las grandes puertas, que miran hacia las desolaciones del Harad, se detuvo, y girándose hacia la muchedumbre que se había congregado profetizó que en la guerra contra Gondor conocerían grandes victorias, pero que no obstante serían mayores las derrotas, y que si no soportaban la benévola asistencia de los Señores de Occidente, entonces soportarían el Yugo Oscuro de Mordor, que somete las voluntades y conduce hacia la desesperación. Y a Sangahyando y Angamaitë, biznietos del usurpador Castamir, auguró que su linaje y descendencia se extinguiría en medio de una grave derrota a manos del Rey de Gondor. Todo esto dijo ante la estupefacta multitud que se había reunido con el propósito de humillarle, con una voz tan potente que todos alcanzaron a oírle, y consternados se postraron afligidos por una carga insoportable; y Adûnrazor dio la espalda a Umbar, la morada del Destino sobre la que ahora pesaba un hado mayor, y su porte era majestuoso y también su mirada, y nadie se atrevió a levantar una mano contra él y todos se apartaban acobardados a su paso.

Mucho se afligió el Mago de roja túnica por su fracaso entre los Corsarios mientras vagaba sin rumbo fijo por los áridos páramos del sur de la Tierra Media, aunque ahora advertía que padecían el mismo mal que provocara la ruina de Elessar, la Tierra de la Estrella, pero acrecentado en la locura del exilio; y que la serpiente maligna había hollado sus corazones para no abandonarlos. Y se compadeció del destino de los Hombres, pues en aquella hora le ganó la desesperación y creyó que, cuando Sauron retornara, contaría con más servidores que oponentes, y aún en la oscuridad urdida por los Ulairi crecería sin medida.

En esos días turbulentos, otro sabio recorría incansable el Haradwaith, ofreciendo consejo y esperanza a cuantos los buscaran, un anciano errabundo que al oír hablar de Adûnrazor fue tras él, con la esperanza de encontrarlo, pues algo sospechaba de la identidad de tan notable personaje... Largo tiempo buscó a través de parajes de inhóspita aridez a Sharoth, hasta que al fin le encontró sentado en lo alto de una colina, abandonado a sus propios pensamientos en la soledad de la vasta extensión arenosa. Allí el viajero se sentó en silencio frente al macilento Sharoth y aguardó pacientemente.

Al cabo de varios días el Istar Rojo despertó del trance y abrió sus ojos: en ellos se había renovado el fulgor de antaño, pues, durante todo ese tiempo, su espíritu había vagado más allá de su envoltura carnal y de aquellas soledades, en busca de aquello que en su accidentado camino en la Tierra Media había extraviado. Y allí, sorprendido, reconoció en la figura que tenía enfrente a su par, y en verdad quien había velado durante su trance era Olórin, el más sabio de los Maiar, y Olórin reconoció por fin en Sharoth-Adûnrazor a Arato, uno de los más valerosos espíritus de Aman. Allí buscó Arato el consejo de

Olórin, pues si bien él era el más poderoso de los dos en obras de valor, reconocía la superioridad de Olórin en materia de Sabiduría.

Esto fue lo que le dijo el que era conocido allí en el sur como Inkanus: "No fue con el propósito de heredar el Legado del pupilo de Melkor por lo que vinimos a Endor, y esto veo, Arato: tú no has de convertirte en Señor entre los Hombres (pues adivinaba más de lo que con palabras la había dicho Sharoth), y mucho menos entre los Corsarios... No, no es este tu redil, sino que está con los Nómadas que tanto aprecias por su libertad (por la que habrás de luchar por conservar), y entre los Haradrim que disputan la primacía sobre todas las tribus del Sur. Tal vez entre ellos tengas mayor fortuna y, en verdad, si logras evitar que en la hora de máxima necesidad todo el Haradwaith se inflame con el rumor de la guerra y acuda por entero a la llamada del Tirano, hará un bien mayor; pues aunque el poderío de los Corsarios es grande, y un peligro constante para los feudos del sur de Gondor, numeroso es el pueblo del Harad y una amenaza mayor".

Y fue en verdad dichosa la ocasión de este encuentro, y de gran provecho para ambos; pues si el Istar Rojo era ahora más sabio, también en el Peregrino Gris se obró un cambio, y en adelante ardió el Fuego Secreto en su interior con más fuerza y comprendió los más profundos propósitos para los que había sido concebido el Anillo de Rubí. Tras separarse, pudo Olórin centrar toda su atención en el Noroeste de la Tierra Media, donde no habrían de faltarle trabajos y fatigas, y ya nunca más volvió al Sur. En cuanto a Arato, de nuevo Sharoth, también eran muchas las tareas que le aguardaban, grandes y pequeñas, y muchas aventuras y penalidades; pero esa es otra historia de la que se hablará en otro momento y lugar...

Aquí concluye el relato del último de los Istari, Arato Túrion, que fue un gran cazador de bestias malignas y un campeón entre los Maiar en los días anteriores a la Luz de los Árboles, del Sol y de la Luna; y que nunca regresó a Valinor, pues se demoró en la Tierra Media y se complació en su tarea entre los Haradrim. Y realmente hubiesen sido abrumadoras las hordas del Harad que acudiesen al requerimiento de Sauron, a finales de la Tercera Edad, de no ser porque Sharoth habitó entre ellos, enfrentando a los numerosos emisarios de Sauron y entorpeciendo su labor... Y aun hubo guerra en el Sur lejano, pero de esto nada cuentan los Sabios.

Germán Jaramillo Pulido - *Alatar*